Siglo diecinueve, 2024, vol. 30

págs. 359-381, ISSN: 1136-2308, ISSN electrónico: 2695-9240

NO SOLO DE REALIDAD VIVE EL SER HUMANO: LOS RELATOS FANTÁSTICOS EN EL CONTEXTO DEL PROYECTO POLÍTICO LIBERAL COSTARRICENSE (1887-1899)

HUMAN BEINGS DO NOT LIVE ON REALITY ALONE: FANTASTIC STORIES IN THE CONTEXT OF THE COSTA RICAN LIBERAL POLITICAL PROJECT (1887-1899)

Ruth Cubillo-Paniagua
Universidad de Costa Rica
ORCID: 0000-0002-4313-1620

Resumen: Las dos preguntas fundamentales que procuraremos responder en este artículo son, por un lado, ¿qué condiciones socio-históricas posibilitaron que en las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del siglo XX se produjera en Costa Rica literatura fantástica y gótica, en un contexto en el cual se privilegió la literatura realista y costumbrista en tanto que afianzadora del proyecto de estado-nación imperante?; y, por otra parte, ¿qué papel desempeñó dicha literatura en el contexto del proyecto político de los liberales costarricenses? Para ello analizaremos un corpus constituido por trece relatos no miméticos publicados entre 1887 y 1899, la mayoría en periódicos y revistas de circulación nacional o regional.

Palabras clave: Literatura fantástica, literatura gótica, narrativa costarricense, políticas liberales, siglo XIX

Abstract. Two fundamental questions that we will try to answer in this article are. First, which socio-historical conditions made possible for fantastic and gothic literature to be produced in Costa Rica in the last decades of the Nineteenth century and the first years of the Twentieth century, in a context in which realistic and costumbrist literature were privileged as a way to strengthen the prevailing nation-state project? And, second, what role did such literature play in the context of the political project of Costa Rican liberals? To answer these questions, we will analyze a corpus made up of thirteen non-mimetic stories published between 1887 and 1899, the majority in newspapers and magazines with national or regional circulation.

Key Words: Fantastic Literature, Gothic literature, Costa Rican Narrative, Liberal Policies, 19th Century

EL SURGIMIENTO DE LA LITERATURA NACIONAL Y LA CONSOLIDACIÓN DEL ESTADO-NACIÓN COSTARRICENSE

En el último tercio del siglo XIX se había consolidado en Costa Rica un grupo de intelectuales y políticos que impulsaban y promovían el proyecto político liberal, al que nos referiremos en detalle más adelante. Este grupo, denominado "generación del Olimpo" debido a su posición de distanciamiento respecto de los actores sociales representados en sus textos literarios (el concho, el campesino, el pobre), incluye a autores tales como Manuel Argüello Mora (1834-1902), Manuel de Jesús Jiménez Oreamuno (1854-1916), Manuel González Zeledón (1864-1936), Carlos Gagini Chavarría (1865-1925), Aquileo J. Echeverría Zeledón (1866-1909), Ricardo Fernández Guardia (1867-1950) y Claudio González Rucavado (1878-1928).

La mayoría de estos escritores, además de contribuir con sus textos literarios al surgimiento y la consolidación de la llamada literatura nacional, desempeñaron destacados cargos públicos y poseían nexos familiares y/o comerciales con la oligarquía cafetalera que gobernaba el país, es decir, pertenecían a una clase social alta o media y vivían en San José, la capital del país; promovieron el academicismo cosmopolita y muchos de ellos cultivaron la crónica histórica ligada al nacionalismo literario. Como resulta evidente, no encontramos ninguna mujer en este grupo[1], aunque en las últimas tres décadas se han hecho esfuerzos por rescatar la literatura producida por mujeres en el siglo XIX, publicada en revistas y periódicos de circulación nacional y/o regional (centroamericana).[2]

Ahora bien, para procurar responder a las interrogantes que nos planteamos al iniciar este artículo, a saber: ¿qué condiciones socio-históricas posibilitaron que en las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX se produjera en Costa Rica literatura fantástica y gótica, en un contexto en el cual se privilegió la literatura realista y costumbrista en tanto que afianzadora del proyecto de estado-nación imperante?, y ¿qué papel desempeñó dicha literatura en el contexto del proyecto político de los liberales costarricenses?, es necesario entender cómo veían el mundo los intelectuales de la "Generación del Olimpo", aunque debemos tener presente que a lo interno de dicho grupo también hubo importantes fracturas.[3] Para ello es preciso detenernos a analizar las principales

1 No obstante, en este trabajo analizamos tres cuentos publicados en 1890 por Rafaela Contreras Castro (1869-1893), escritora modernista nacida en Costa Rica, pero que publicó la mayoría de su obra en El Salvador.

2 En este ámbito resultan relevantes los trabajos de Consuelo Meza, especialmente el *Diccionario bibliográfico de narradoras centroamericanas con obra publicada entre 1890 y 2010,* México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2011. No obstante, es una labor pendiente la elaboración de una historia de la literatura costarricense escrita por mujeres, a la cual esperamos abocarnos muy prontamente desde la Universidad de Costa Rica.

3 Para profundizar en esta cuestión, cf. el libro de Álvaro Quesada Soto, *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*, así como el libro de mi autoría titulado *Pobreza y desigualdad social en la narrativa costarricense (1890-1950)*, San José: ECR-EUCR, 2021. Quesada señala que, en buena medida gracias a las polémicas sobre literatura costarricense (tanto la de

características del liberalismo costarricense en las últimas dos décadas del siglo XIX y las primeras dos décadas del siglo XX, en tanto que proyecto político forjador del estado-nación en este país, al cual se adhirieron en mayor o menor medida estos escritores.

Como plantea Eugenio Rodríguez Vega (1979), es importante señalar que los liberales costarricenses de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX poseen ciertas características que los distinguen de los liberales de otras partes del mundo; en las páginas que siguen procuraremos explicar esta afirmación. Por otra parte, si nos ubicamos en el período comprendido entre las tres últimas décadas del siglo XIX y las tres primeras del siglo XX para referirnos al liberalismo en Costa Rica (y en Centroamérica) es importante considerar que este lapso no resulta homogéneo ni debería ser analizado como un "proceso uniforme", pues no lo fue.

Al hablar de liberalismo es necesario tener presente la noción de progreso, teniendo en cuenta que dicha noción implicaba una "cultura asociada con lo urbano, europeizada y laica" (Cuevas, Rafael, 1999). En la primera etapa del proyecto liberal (hasta los primeros años del siglo XX) el progreso estuvo asociado con la cultura francesa, pero en los últimos años del siglo XIX y los primeros años del XX comenzó un proceso de penetración de modelo estadounidense, como bien lo apunta Cuevas.

Sin duda alguna, los liberales costarricenses tuvieron un claro referente al efectuar la construcción teórica de su pensamiento y ese referente fue el economista y filósofo británico Adam Smith, cuya propuesta podemos resumir así: orden y buen gobierno; desarrollo de la infraestructura de transportes, particularmente importante debido a su incidencia en la extensión del mercado; incremento de la productividad en la producción de alimentos, especialmente en la agricultura; crecimiento de la población, y crecimiento del "stock" o capital (Viales, 2001).

En el ámbito institucional (político/estatal) el liberalismo como doctrina propone que el estado no intervenga en la economía, con lo cual surge el conocido lema asociado a los liberales "laissez faire, laissez passer" (dejar hacer, dejar pasar); no obstante, los liberales costarricenses sí desarrollaron políticas estatales que implicaban la intervención en diversos ámbitos de la vida nacional, tales como el educativo, el sanitario, el económico, el agroindustrial y el cultural.

Durante el período que aquí estudiamos, en Costa Rica el motor del desarrollo fue la producción cafetalera y hubo tres condiciones que caracterizaron la formación de la base territorial para la extensión del café: la apropiación de terrenos baldíos, la compraventa de tierras apropiadas anteriormente y la disolución de las formas comunales de propiedad. Está claro que la pertenencia a una u otra clase social incidía notablemente en las posibilidades de acceso a la

1894 como la de 1900), pero también debido a otros factores, tales como la pertenencia a una u otra clase social, con el cambio de siglo surgió una división política e ideológica que partía del hecho de que existían en el mundillo literario costarricense dos bandos bien diferenciados y difícilmente reconciliables: el bando de los liberales (ricos, conservadores y defensores de un nacionalismo elitista) y el bando de los nacionalistas (menos adinerados, de extracción popular y cultivadores del costumbrismo).

tierra; sin embargo, en este país el cultivo del café (motor del desarrollo agrario capitalista) fue un poco más democrático que en otros países de Centroamérica, como Guatemala y El Salvador, pues los campesinos tuvieron acceso a la tierra y esto dio origen a los pequeños y medianos productores. Lo que sí se concentró en manos de los más poderosos económicamente fue el procesamiento del grano (proceso de beneficiado), el crédito y la comercialización.

La mayor parte de los escritores que forman parte de la "generación del Olimpo" se dedicaron a establecer distinciones entre el mundo urbano y el mundo rural de la Costa Rica del cambio de siglo, y se detuvieron a presentarnos con detalle a estos campesinos pequeños y medianos productores que comenzaban a acumular un pequeño capital, pero que conservaban estilos de vida rurales y poco "cultos" o "civilizados", anteriormente también asociados con los estratos sociales más pobres.

Ahora bien, ya en 1826-29 (liberalismo temprano), Juan Mora Fernández establecía una clara relación entre paz, salud pública, incremento de la población, comercio, agricultura e industria, y también señalaba la importancia de mejorar los caminos entre ambos puertos (el pacífico y el atlántico), pues así se favorecía el desarrollo del comercio y la industria, en síntesis, de la prosperidad del país. Unas décadas más tarde, José María Castro Madriz, al tomar posesión de la presidencia, el 8 de mayo de 1866, señalaba que Costa Rica era una república poco poblada que requería la presencia de grandes capitales y empresarios que generaran competencia comercial y activaran el desarrollo en diversas áreas; en su opinión, esta dinámica debía ser fomentada y respaldada por el gobierno. (Viales, 2001).

Esto quiere decir que, contrario a lo que aconsejaba la teoría liberal, el Estado costarricense intervenía para fomentar el liberalismo, al igual que sucedió en varios países de Europa y en Estados Unidos de Norteamérica. Castro Madriz insistía en la necesidad de construir caminos y propiciar la inmigración, porque "la inmigración de hombres trae consigo la de las luces." (1866). Debemos tener claro que el lema de los liberales era "Orden, Progreso, Libertad y Civilización", y hacia la consecución de estos ideales tendían muchas de sus políticas culturales, económicas y sociales.

Hacia 1870 Tomás Guardia plantea que es urgente realizar cambios radicales en el país, pues era claro que la agricultura representaba para Costa Rica su vitalidad económica y el germen de su futuro engrandecimiento; por eso el Estado debía, en opinión de Guardia, consagrar todos sus esfuerzos a la protección de esa actividad. De esta manera, a partir de la década de 1870 se dio una atención prioritaria a dos ámbitos: fomento y educación. El primero para propiciar el surgimiento de nuevas industrias y fortalecer las existentes, y para contribuir con el desarrollo de la agricultura (no solo del café, sino también del banano, los cereales y la caña de azúcar, por ejemplo, porque los gobernantes se dieron cuenta de que el monocultivo podía resultar perjudicial para la economía del país, como de hecho sucedió en la década de 1880), y el segundo para "dar acogida y protección a cuantas ideas y propósitos sugieren a los espíritus el consejo del trabajo, porque sólo de esa manera se multiplicarán las fuentes de la riqueza

pública" (Mensaje del Presidente Bernardo Soto, 1886, citado por Viales 2001).

Los gobiernos liberales de finales del siglo XIX también se preocuparon por fomentar la educación, siempre asociada a la noción de progreso, es decir, en tanto que vía o medio para la consecución del fin último: el progreso y la civilización. Así, por ejemplo, hacia 1886 el gobierno envió a Pedro Pérez Zeledón, subsecretario de Instrucción Pública, Hacienda y Comercio, a un viaje por Estados Unidos y Europa para que adquiriera la información necesaria para establecer en Costa Rica las mejores escuelas de agricultura, artes y oficios (Viales, 2001). La creación de la Universidad de Santo Tomás, en 1843, también iba en ese sentido, pues se pretendía contribuir a lograr la prosperidad de la nación. Es significativo que en 1849 se realizara la primera reforma general de la educación y que se hiciera bajo la dirección del Estado; una de las principales recomendaciones generadas a partir de esta reforma fue la creación de cátedras que contribuyeran a satisfacer las necesidades del país. Se establecen tres áreas de estudio fundamentales (TRIVIUM): Humanidades, Matemáticas, y Agricultura y Ramas Industriales. Además, en 1886 se aprobó la Ley Fundamental de Educación Común, que fomentó la educación primaria en varones (creación del Liceo de Costa Rica) e incluso en mujeres (creación del Colegio Superior de Señoritas).

Todo este panorama hizo surgir, a finales del siglo XIX, un imaginario social según el cual la mayor parte de la población costarricense era propietaria y los beneficios generados por el café llegaban a la mayoría de los ticos; sin embargo, esa igualdad económica y social no era más que un mito, pues pronto la diferenciación social y la pobreza se van a hacer sentir como problemas sociales, en la solución de los cuales también van a intervenir los gobiernos liberales.

Los políticos e intelectuales liberales en su mayoría enfocaron estos problemas desde el punto de vista del control social, y no desde la perspectiva de la justicia social. Ya en 1830, problemas tales como la prostitución, el crimen, la vagancia y el desorden generaron preocupación en las autoridades laicas y en las eclesiásticas, especialmente porque el llamado capitalismo agrario generado por el desarrollo del cultivo del café transformó las relaciones sociales en este país y afectó entonces la vida cotidiana de los costarricenses.

Por un lado, se generaban discursos (políticos, periodísticos, literarios y otros) que destacaban el carácter pacífico y laborioso de los ticos, pero por otro lado se producían discursos que hablaban de los ticos como individuos vagos, malos para el trabajo, viciosos y deshonestos. Con el fin de fortalecer los mecanismos de control social, hacia 1880 se elaboró un proyecto para la construcción de una cárcel moderna (inaugurada en 1909), se fortaleció la policía y se endurecieron las penas por diversos delitos. Los sectores populares (tanto urbanos como rurales) eran, por decirlo así, el perro flaco (al que se le pegaban todas las pulgas), pues muchas autoridades consideraban que la pobreza estaba fuertemente ligada a la criminalidad; por eso se hablaba de la necesidad de realizar una labor de higienización social.

Un factor que conviene destacar es que el elemento étnico desempeñaba un papel fundamental en el proceso de diferenciación de Costa Rica respecto del resto de países centroamericanos, pues también se elaboró el mito de que la

sociedad costarricense estaba compuesta fundamentalmente por gente "blanca", lo cual la hacía superior y le daba "pureza". Sin embargo, la escasa cantidad de pobladores de este país obligó a las autoridades a preocuparse por "importar mano de obra", en especial negra y china. Esto se convirtió en una preocupación para muchos, pues pensaban que la "raza" tica podía perder "pureza" si se realizaba una mezcla con estos inmigrantes; se hablaba incluso del problema de la "degeneración racial" de la patria.

Este control de carácter eugenésico implicó aplicar leyes para restringir la inmigración, impedir a los discapacitados la reproducción y asociar la salud física con la moral. Esta necesidad de asegurarse la correlación entre moral y salud física hizo que las autoridades estatales intervinieran en la vida de los sectores populares, en especial con respecto al cuido y la crianza de los hijos: los de arriba controlando a los de abajo (Molina, 2007).

¿Hay espacio para lo fantástico en la literatura nacional costarricense?[4]

En este contexto sociopolítico, el proyecto de literatura nacional cimentado y alimentado por los escritores pertenecientes a la generación del Olimpo en las últimas dos décadas del siglo XIX, se basó en la consolidación de los rasgos asociados a la identidad nacional construida desde el proyecto político liberal, muchos de los cuales se mantienen vigentes en la actualidad en el imaginario de los habitantes de esta nación; entre ellos podemos señalar los siguientes:

- el costarricense es trabajador
- el costarricense es blanco
- el costarricense es pacífico
- la sociedad costarricense es igualitaria

El realismo y el costumbrismo fueron las dos vías más empleadas por dichos escritores para plasmar y afianzar estos rasgos identitarios, con lo cual se dejó de lado del romanticismo[5], que en muchos otros países de Hispanoamérica fomentó la producción de literatura gótica y/o fantástica durante el siglo XIX. En este sentido, Abelardo Bonilla, en su ya clásica *Historia de la literatura costarricense*, señala: "Nuestro siglo XIX (…) no fue un siglo literario. Fue un período eminentemente político, de formación y consolidación. La imperiosa obra nacional y

4 Para profundizar en este cuestionamiento, cf. Cubillo, 2014 y Cubillo, 2023.

5 María Eugenia Acuña es contraria a esta idea y, en un artículo de 1987, dedicado al análisis de la obra poética de Carlos Gagini, señala: "Reiteradamente, la crítica ha afirmado que en Costa Rica no existió un movimiento romántico, que más bien lo que sucedi6 fue la influencia, en algunos escritores costarricenses, de románticos tardíos, especialmente de Gustavo Adolfo Bécquer. Contrariamente a lo anterior, el estudio de las manifestaciones poéticas, no sólo de Gagini, sino de otros escritores contemporáneos suyos, permite señalar no solamente influencias de algunos románticos descollantes, sino la presencia de un romanticismo no tan desarrollado como en el resto de Hispanoamérica, pero con los rasgos más sobresalientes del movimiento, especialmente en su vertiente sentimental." (Acuña, 1987: 122)

administrativa no permitió el desarrollo de las bellas artes, ni el espíritu costarricense había pasado por la libertad y la eclosión del romanticismo" (1981: 103).

No obstante, en la naciente literatura costarricense siempre hubo un espacio, aunque pequeño, para la herencia hispánica asociada a la superstición, el terror y la fantasía, representados especialmente mediante el género narrativo (leyendas y relatos). El orden y el progreso, característicos del liberalismo, no lograron sacar del imaginario costarricense la superstición y el miedo, aunque los escritores olímpicos les dieron un lugar marginal a estos temas en su producción, pues, como ya indicamos, les interesaba más consolidar su proyecto de estado-nación.

Así pues, los autores que se han convertido en verdaderos clásicos de la literatura costarricense son los que cultivaron el nacionalismo en alguna de sus manifestaciones (realismo o costumbrismo) y no los que escribieron desde la perspectiva europeísta o eurocéntrica, muchos de ellos formados en Francia (Quesada Soto, 1986); por ejemplo, hoy día casi nadie recuerda a autores como Rafael Ángel Troyo, Rafaela Contreras Cañas, Alejandro Alvarado o José Fabio Garnier en sus primeros años de escritor. No obstante, sin el aporte dado por estos europeístas o modernistas no habría sido posible lo que sucedió luego del costumbrismo, eso que Abelardo Bonilla llama la "estilización del realismo" (Bonilla, 1981). Por otra parte, no podemos olvidar que tanto Manuel González Zeledón (Magón) como Aquileo J. Echeverría, los autores costumbristas por excelencia, fueron grandes amigos y admiradores de Rubén Darío,[6] con lo cual quiero decir que esa división tan tajante que la historiografía literaria costarricense suele trazar entre nacionalismo y modernismo debe ser revisada.

Lo cierto es que dentro de la generación del Olimpo encontramos intelectuales que defendían el racionalismo ilustrado, pero son precisamente muchos de esos intelectuales quienes comprenden que no todo lo que llamamos realidad puede ser explicado de manera racional y que existe un punto de fractura o de quiebre dentro de la lógica de la razón. Para explicar esto, muchos de ellos recurren al estudio de lo terrorífico, lo misterioso, lo oculto, lo oscuro, lo inexplicable; por eso no es extraño que muchos de estos intelectuales se adentraran en el esoterismo, la teosofía y el ocultismo, tal y como lo podemos constatar estudiando sus referencias biográficas.

6 Darío incluso escribió el prólogo para el tan conocido y canónico libro de Echeverría titulado *Concherías* (1905), en su edición de 1909, publicada en Barcelona, España, por la Imprenta Elzeveriana de Borrás y Mestres, a pocos meses de fallecido el escritor costarricense. El prólogo se titula "El poeta de Costa Rica" y en él Darío resume con maestría los rasgos característicos de la identidad nacional costarricense, que, como indicamos, se ocuparon de representar los escritores nacionalistas como Echeverría. En palabras del poeta nicaragüense: "Costa Rica tiene el espíritu más ordenado y pacífico de todas las cinco repúblicas de la América Central; Costa Rica tiene sangre gallega; (…) Costa Rica tiene el mejor teatro de aquellas regiones; (…) Costa Rica tiene un tranquilo pueblo de agricultores; y Costa Rica tiene un Poeta. Tiene, es verdad, otros poetas, pero *su* poeta, el poeta nacional, el poeta regional, el poeta familiar, se llama Aquileo J. Echeverría. (Darío en Echeverría, 1909: 7) Además, Echeverría fue el padrino de bodas de Rubén Darío y su primera esposa, la escritora costarricense Rafaela Contreras Cañas, matrimonio civil celebrado en San Salvador en junio de 1890. Este el año en que se publican los tres relatos de Contreras Cañas que analizaremos más adelante.

Al respecto, David Roas señala: "si bien el desarrollo del racionalismo [se refiere al racionalismo surgido y consolidado en el siglo XVIII en Europa] eliminó la creencia en lo sobrenatural, ello no supuso la desaparición de la emoción que producía como encarnación estética el miedo a la muerte y a lo desconocido (un sentido de lo sobrenatural ajeno al que exploraba, por ejemplo, el cuento de hadas." (2011: 17).

El hecho de que muchos de estos escritores costarricenses eligieran la veta gótica para "apartarse" del camino del racionalismo realista tiene que ver con su certeza de que en el horizonte de expectativas de los lectores costarricenses de este período (y en el suyo propio) permanecía todo ese mundo monstruoso y terrorífico. Miriam López Santos lo expresa de la siguiente manera:

> Si bien (...) las supersticiones y los milagros habían sido arrinconados por los preceptos de la razón, lo sobrenatural pertenecía aún al horizonte de expectativas del lector; fantasmas, monstruos y demás fenómenos y seres infestos se conservaban latentes en la memoria colectiva como restos de un pasado lejano y oscuro. Los narradores góticos, en el deseo de experimentación con los terrores humanos y ante la falta de referencia directa en su mundo diario, vieron en aquel pasado un marco perfecto para el desarrollo de sus tramas. (2010: s.p.)

Así pues, entre 1880 y 1900 se publicaron en Costa Rica diversos relatos cuya preocupación fundamental consistía en detenerse en lo misterioso, lo extraño, lo oculto e incluso lo terrorífico. La mayoría de estos relatos entremezclan características de lo que hoy claramente distinguimos como fantástico y como gótico, pero que en aquellos años no se distinguía con claridad. Lo cierto es que estos autores costarricenses quisieron abrir un espacio dentro de su producción literaria a estas historias extrañas, sorprendentes y misteriosas. En este sentido, resulta muy pertinente la afirmación de Roas: "La emoción de lo sobrenatural, expulsada de la vida, encontró refugio en la literatura. Ese nuevo interés estético coincide (y no por casualidad) con el desarrollo del gusto por lo horrendo y lo terrible, una nueva sensibilidad –lo sublime que tomaba el horror como fuente de deleite y de belleza" (2011: 17).

Por lo tanto, podemos afirmar que, en Costa Rica, las primeras publicaciones de literatura no mimética se localizan a finales de la década de 1880; esto quiere decir que prácticamente desde los inicios de la llamada literatura nacional[7],

7 Al respecto, el historiador literario Álvaro Quesada señala: "La formación de una literatura nacional en Costa Rica se asemeja, en líneas generales, a la formación de otras literaturas nacionales en los países latinoamericanos y, en particular, los centroamericanos. Ese proceso forma parte de un esfuerzo más amplio, la construcción o invención de la *nación*, como una *comunidad imaginada* más que una realidad sustantiva; esfuerzo que, a su vez, responde a un proyecto de unificación y centralización del poder económico, político e ideológico, alrededor de un grupo hegemónico criollo ligado a la exportación de productos agrícolas para el mercado internacional." (1998:17) Asimismo, es pertinente señalar que en 1894 se inició una polémica entre los escritores Ricardo Fernández Guardia (cosmopolita) y Carlos Gagini (nacionalista), conocida como la polémica sobre nacionalis-

establecidos por la historiografía literaria en el último tercio del siglo XIX, se publicaron relatos fantásticos, aunque en una proporción ínfima en relación con la narrativa realista, naturalista y costumbrista.

En las últimas décadas del siglo XIX, la gran mayoría de textos ficcionales se publicaban en periódicos y revistas culturales de circulación nacional. En los casos más exitosos, los autores lograban luego reunir sus relatos en libros, pero no era la práctica más habitual, debido en parte a los costos de producción de los libros y a la cantidad más o menos limitada de lectores y/o compradores. Así pues, elaborar un corpus de literatura fantástica en Costa Rica durante el siglo XIX implica, necesariamente, indagar de manera exhaustiva en esos abundantes periódicos y revistas, labor que en este artículo se lleva a cabo parcialmente por razones de tiempo. El cuento fue el género literario predilecto de los escritores que cultivaron la literatura fantástica, debido en buena medida al hecho de que publicaban en periódicos y revistas, pero también a que la consolidación de la novela como género fue un poco más lenta y tardía.[8]

Así pues, no es casual que en las principales historias de la literatura costarricense (Abelardo Bonilla, 1957; Virginia Sandoval de Fonseca, 1978; Jorge Valdeperas, 1979; Flora Ovares y Margarita Rojas, 1995, y Álvaro Quesada, 2008) lo fantástico como género literario no esté demasiado presente, quizá porque nunca ha sido visto como un género predominante ni con una fuerte presencia en la literatura de este país, o quizá porque no se le ha otorgado la atención que requiere.

En las páginas que siguen nos detendremos en el análisis de los relatos fantásticos localizados, poniéndolos a dialogar con la historiografía literaria costarricense y con diversas fuentes históricas, con el fin de reconstruir de manera sucinta su contexto de producción y circulación. Nuestra hipótesis de trabajo es que, en Costa Rica, durante el período comprendido entre 1887 y 1899 se produjo literatura fantástica, en algunos casos fuertemente marcada por elementos de la literatura gótica, aunque siempre como un tipo de literatura minoritaria respecto de la clara y contundente mayoría representada por la literatura realista-naturalista-costumbrista.

---

mo literario, cuyos planteamientos de fondo aún no se hallan del todo resueltos. Para profundizar al respecto, cf. Quesada Soto, 1984.

8 Cf. al respecto, Durán Luzio, Juan, "Manuel Argüello Mora: primer novelista costarricense", *Revista Comunicación*. Año 22, Vol. 11, edición especial, diciembre 2001. En este texto, Durán señala que la primera novela costarricense, titulada *Risas y llantos,* fue publicada por Argüello Mora, con el seudónimo de Sirio, por entregas en la revista quincenal *Costa Rica Ilustrada;* la primera de las 15 entregas se publicó en marzo de 1888. Posteriormente, en 1899, Argüello Mora publica nuevamente la novela, pero esta vez con el título *Misterio. Escenas de la vida en Costa Rica* y bajo su propio nombre. En este sentido, Durán Luzio señala: "Voy a suponer que una persona de su prestigio social y profesional no deseaba exponerse ante el juicio público en el primer intento de algo tan difícil como escribir una novela, de algo tan temerario como saberse fundando un género en la aurora intelectual del país." (2001: s.p.). Por otra parte, en 1900, Joaquín García Monge publica dos novelas consideradas fundacionales: *El Moto* y *Las hijas del campo.*

LA LITERATURA FANTÁSTICA SEGÚN LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA COSTARRICENSE

Si hacemos un recorrido diacrónico por las principales historias de la literatura costarricense, la primera parada obligatoria es la *Historia de la literatura costarricense* (1957) de Abelardo Bonilla. En este texto ni siquiera se contempla lo fantástico como una posibilidad de la literatura costarricense, pues para Bonilla el aislamiento espiritual y material de este país, así como los rasgos característicos del hombre costarricense y la baja densidad de la población, permiten afirmar que "la característica más definida de la literatura costarricense, desde el período colonial, es el predominio del pensamiento y la aventura conceptual sobre la poética (...) Estas circunstancias han contribuido a darle preferencia en nuestra producción literaria a la Historia y al Derecho sobre las formas de creación poética. (...) la modalidad civil y democrática de la nación y el predominio de las dos ramas literarias citadas, influyeron en la tonalidad general de la literatura costarricense: claridad, lógica, laicismo, equilibrio y mediocridad (...)" (1981 [1957]: 33-34).

Por otra parte, ni Virginia Sandoval de Fonseca, en su *Resumen de la literatura costarricense* (1978), ni Jorge Valdeperas Acosta, en su obra *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense* (1978), mencionan que existiera literatura fantástica en Costa Rica en la primera mitad del siglo XX. Ambos autores dan por sentado que nuestra literatura de aquellos años fue únicamente realista, costumbrista o modernista. Flora Ovares y Margarita Rojas, en *100 años de literatura costarricense* (1995), tampoco señalan la existencia de literatura fantástica en Costa Rica durante el período aquí estudiado.

Finalmente, en 2012 se publicó una antología de literatura fantástica en Costa Rica en la primera mitad del siglo XX, titulada *Voces de la sirena*. La selección de los textos, el prólogo y las notas estuvieron a cargo de José Ricardo Chaves, filólogo costarricense radicado en México y escritor de ficción. En el prólogo, Chaves plantea algunas reflexiones acerca del lugar que ocupa lo fantástico en la historiografía literaria costarricense y señala: "El juicio común es que el realismo es consustancial a la literatura costarricense, desde sus inicios en el siglo XIX en crónicas históricas y leyendas, siguiendo luego con el costumbrismo y la narrativa bananera y cierto neocostumbrismo de la generación de los cuarenta. (…) La escritura fantástica no es una excepción sino más bien una constante en la literatura nacional, desde sus fundadores narrativos." (2012: 14-16) Algunos de los textos que se incluyen en la antología podrían ser ubicados en el ámbito de la literatura no mimética más que en el fantástico según lo definen teóricos actuales como David Roas. No obstante, el trabajo de Chaves constituye una buena base para el planteamiento de un corpus de literatura fantástica en Costa Rica.

RELATOS FANTÁSTICOS PRODUCIDOS EN COSTA RICA (1888-1899)

Después de una revisión bibliográfica no exhaustiva de periódicos y revistas literarias y culturales de circulación nacional, se propone el siguiente corpus de

narrativa fantástica y no mimética producida en Costa Rica. Este corpus está constituido por 13 relatos y se agrupa en 6 categorías de análisis para efectos del presente trabajo:

- *Leyendas:* "Una tradición" (1898), de Claudio González Rucavado; "La llorona" (1899), de Manuel Argüello Mora y "Del pueblo (leyendas)" (1899), de Joaquín García Monge.[9]
- *Relatos góticos:* "Las hadas negras" (1894), de Ricardo Fernández Guardia; y "La marca azul" (1898) de Eduardo Calsamiglia.
- *Relatos que giran en torno a objetos mágicos o encantados*: "La perla negra" (1894), de Ricardo Fernández Guardia.
- *Relatos modernistas*: "Mira la oriental o La mujer de cristal" (1890), "La turquesa" (1890) y "Las ondinas" (1890), de Rafaela Contreras Cañas; y "El manantial" (1894), de Ricardo Fernández Guardia.
- *Relatos que dialogan con el discurso científico de la época*: "La poza de la sirena" (1887) y "La sonámbula de Pirro" (1888), de Manuel Argüello Mora.
- *Relatos que abordan la temática del doble*: "Doble existencia" (1896), de Roberto Brenes Mesén.

En las páginas que siguen, se analizarán brevemente los 13 textos incluidos en el corpus presentado. El recorrido por los textos se realizará de manera diacrónica, con el fin de plantear una lectura que permita establecer relaciones con el respectivo contexto de producción y circulación. La cantidad de textos localizados es mayor de la que se podría esperar para este período fundacional de la literatura costarricense, que ha sido caracterizado por la historiografía literaria como estrictamente apegado a los cánones realistas y costumbristas.[10] No obstante, estos textos no miméticos evidencian nexos con el romanticismo europeo, en particular el español, y su claro interés por las leyendas, lo misterioso y lo gótico.[11]

El cuento "La poza de la Sirena", publicado por Manuel Argüello Mora bajo el seudónimo de Sirio en noviembre de 1887, es el primero de los que integran nuestro corpus que se centra en una temática misteriosa.[12] En este relato se mez-

9 También se publicó "El cadejos" (1890), de Francisco Montero Barrantes; sin embargo, este texto no se ha podido localizar.

10 Al respecto, José Ricardo Chaves (2016), señala: "[es necesario realizar el] replanteamiento del fenómeno fantástico latinoamericano, que ha ganado presencia en tiempo y cantidad. Un rasgo distintivo suyo, con respecto a la experiencia europea, es que surgió, no tanto de antecedentes románticos, sino más bien positivistas y realistas, en que el fenómeno fantástico es visto como algo excepcional y que debe ser explicado (o descalificado) por causas naturales, como el sueño, la alucinación, la embriaguez, etc." (2016:79)

11 En este sentido, conviene tener presente que en los relatos góticos se insiste en "la maldad humana, los deseos ocultos, las perversiones sexuales, el contacto con el más allá" (López-Santos, 2010: s.p.), todo aquello reprimido por la excesiva racionalidad promulgada y difundida por la Ilustración.

12 En 1860, Argüello Mora publicó un libro titulado *Un drama en el presidio de San Lucas. Un hombre honrado. Las dos gemelas del Mojón*. El título da cuenta de los tres textos que conforman el

clan la leyenda con lo fantástico y lo moralizante; el personaje principal, Arturo, es un hombre joven, de buena posición económica, bien casado, ambicioso en exceso, e insatisfecho con lo que la vida le había dado, que, según el narrador, era mucho. La irrupción de la sirena en la vida cotidiana de Arturo constituye el único elemento fantástico del cuento (se recurre a la leyenda para explicar su origen); esta es presentada como un ser misterioso, poderoso, y capaz de ver y cambiar el futuro.

Cabe destacar que, para darle verosimilitud al texto, el encuentro con la sirena es narrado en primera persona por Arturo y no por el narrador omnisciente que se encarga de relatar el resto de la historia. Ahora bien, hacia el final del cuento ese narrador omnisciente se ocupa de explicarnos que todo lo que hemos leído hasta ese momento no es más que el producto de una ensoñación experimentada por Arturo como fruto de una droga, "el hastchiz",[13] recetada por el Dr. Weber para mejorar el ánimo de su paciente. Esta explicación racional le resta carácter fantástico al cuento y lo acerca más a lo gótico, pues, saca al lector de la indispensable duda; en el último párrafo del cuento, más bien se brinda la moraleja: "Cuidado, pues, lector de mi alma, con las pastillas de hastchiz y procura sacar de esta novelita, la moralidad que en ella pudiera seros útil" (Argüello Mora, 1887 a: 171).

Menos de tres meses después, en febrero de 1888,[14] Argüello Mora publica, esta vez bajo el seudónimo de Simplicio Cucufate, "La sonámbula de Pirro",[15]

tomo y en el tercero de ellos, que el autor publica nuevamente en 1887 bajo el seudónimo de Sirio, en la revista *Costa Rica Ilustrada* y con el título "Las dos gemelas", se narra la historia de dos gemelas idénticas, Elisa y María, que se enamoran del mismo hombre, Víctor. Él a su vez amaba a las dos muchachas y no lograba decidirse por alguna, hasta que la madre de ellas lo obliga a decidir con cuál gemela se quiere casar y él elige a Elisa. El día de la boda ocurre un suceso extraordinario, que no es explicado en el relato y que deja al lector con una sensación de duda e incertidumbre: "Al pasar por el medio del patio María se detuvo, apartó el brazo de Elisa que lo tenía enlazado con el derecho de su esposo y con voz clara y compasada dijo, dando un estrecho abrazo a aquél: 'esposo querido, al fin llegó el momento de no separarnos más; toma mi postrero y último beso (y besó a Víctor en la frente); tu alma y la mí volarán hacia un mundo donde el dolor es desconocido y nos amaremos siempre, siempre…', calló y reclinó la cabeza en el hombro de Víctor." (Argüello Mora, 1887b: 184) Al pronunciar la última frase María muere; su hermana Elisa enloquece y la madre de ambas muere al poco tiempo. Víctor se convierte en un ser sin alma, una especie de zombi o muerto en vida.

13 El hachís es un estupefaciente que se obtiene a partir de la resina del cáñamo índico.

14 Este texto se publica nuevamente en 1899 como parte del libro de Argüello Mora titulado *Costa Rica Pintoresca. Sus leyendas y tradiciones*.

15 En 1926, el educador, político y escritor costarricense Luis Dobles Segreda publica el cuentario *Caña Brava*, en el cual incluye un relato titulado "In Bianco Avvolta". Este relato presenta una versión de la historia narrada por Argüello Mora en "La sonámbula de Pirro", aunque Dobles Segreda explica que se trata de una leyenda herediana que posee una tradición de medio siglo de la cual el texto de Argüello Mora es otra versión: "En lo que están acordes los abuelos es en que se llamaba Paulina, y con tal nombre recogió la leyenda nuestro viejo cuentista don Manuel Argüello Mora. No propiamente lo recogió; él le dio un carácter que no tenía, y creó un drama desfigurado y hasta salido de escenario." (Dobles Segreda, 1969:141) Ahora bien, en la versión de Dobles Segreda la joven Paulina, que también es sonámbula, muere apuñalada por el celoso Carlos y se convierte en un espanto que en las noches oscuras se pasea, vestida de blanco y sin tocar el agua, sobre el río

un relato en el cual el misterio ocupa un lugar central, aunque hacia el final se resuelve y se brinda una explicación completamente racional. La historia se desarrolla en la cabecera de la provincia de Heredia (a unos 10 kilómetros de San José, la capital). Carlos, el narrador protagonista, se enamora de la joven y bella Paulina, e inician un noviazgo; todo marcha bien y ambos son felices. Sin embargo, la atmósfera se enrarece cuando Carlos se entera de que su amada realiza unas extrañas salidas de madrugada, envuelta en ropas negras y seguida de cerca por un hombre embozado: "A las dos de la madrugada apareció sobre la tapia la niña maldita que causaba todos mis males. Esta vez no bajó[,] sino que saltó al suelo, y sin ruido casi empezó a andar dirigiéndose a Pirro. La seguí tan de cerca que casi la tocaba" (1888: 237).

Carlos, gobernado por los celos, mata de un tiro a Roberto Téllez (el hombre que seguía a Paulina), creyendo que era el amante de la joven, y se dispara a sí mismo con la intención de suicidarse; Paulina cae al río, pero no muere. Agonizante, Téllez le explica a Carlos que Paulina vaga por las calles heredianas en las madrugadas porque es sonámbula y él, en un acto piadoso, al darse cuenta de la condición de la joven decide seguirla de cerca para cuidarla. El velo de misterio creado a lo largo de varias páginas cae cuando se brinda esta explicación que, por lo demás, ya se anunciaba desde el título del relato. El final de la historia se aleja del misterio y de la tragedia, pues Paulina y Carlos se casan y procrean dos bellos niños, uno de ellos bautizado Roberto en honor al difunto Téllez.

En 1890 la joven escritora costarricense Rafaela Contreras Cañas (1869-1893), primera esposa del escritor nicaragüense Rubén Darío, publica varios cuentos modernistas en periódicos salvadoreños y guatemaltecos. Tres de esos cuentos, "Mira la oriental o la mujer de cristal", "La Turquesa" y "Las ondinas", incluyen en sus tramas ciertos rasgos que permiten ubicarlos en el ámbito de la literatura no mimética.[16]

El primero de estos cuentos relata la historia de amor de Ahmed Walla Kand, príncipe de una de las más grandes regiones de Indostán no conquistadas por Europa, y la duquesa de Alta-Mira, una joven y bella viuda inglesa. Durante la mayor parte del cuento el narrador omnisciente le hace creer al lector que Mira, como es llamada la inglesa, fue convertida en una estatua de cristal oscuro por orden del dios Siva, debido a que se trata de una mujer insensible, dueña de un corazón de bronce. Según el relato, el maleficio se rompería cuando ella amara verdaderamente a un hombre y este amor fuera correspondido.

El mago Marust, súbdito del príncipe Ahmed, es quien se encarga de relatarle a su señor la sorprendente y terrorífica historia de Mira, y lo hace de este modo: "Cuando se hubo disipado en mí la impresión de terror que todo aquello me causó, tomé entre mis brazos aquella mujer y la coloqué en un nicho, temiendo la desgracia que Thur me anunció si llegaba a romperse" (Contreras Cañas, 1990:85).

Pirro, con los cabellos sueltos y los ojos ardientes como llamas.

16 El primero se publicó el 10 de febrero de 1890, en *La Unión*, San Salvador; el segundo se publicó el 12 de abril de 1890, en *La Unión*, San Salvador, y el tercero, se publicó en abril de 1890 en la revista *Repertorio Salvadoreño*, San Salvador.

Sin embargo, hacia el final del relato, cuando asistimos a la explosión de la bella estatua y Mira y Ahmed se declaran su amor, la duquesa le confiesa a su amado que nunca existió el supuesto maleficio y que toda aquella fantástica historia obedeció a un plan milimétricamente urdido por ella para obtener el verdadero amor del caprichoso príncipe. Esta explicación racional brindada por Mira elimina del relato los elementos no miméticos que durante buena parte del texto se le presentaron al lector, siempre en una atmósfera marcada por el exotismo tan característico de los textos modernistas.

En el cuento titulado "Las ondinas"[17] el narrador omnisciente nos presenta a estos tres seres mitológicos: Coralina, Espumina y Perlina, que habitan en lo profundo del mar. Una a una van saliendo de las profundidades, con el fin de conocer el mundo y a los humanos que habitan en él. Las dos hermanas mayores, Coralina y Espumina, se enamoran del mismo humano, llamado Armando; así pues, Coralina le pide a la reina de las ondinas que la convierta en mujer para poder vivir fuera del océano y ser feliz con su amado, pero luego se enamora de otro hombre y abandona a su primer amor. Más adelante, Espumina le pide a la misma reina que le permita a Armando vivir en lo profundo del mar para ser feliz con él, pero este se enamora de una sirena y abandona a la ondina. Las dos hermanas terminan muertas por causa del amor; por eso la hermana menor, Perlina, quien aprendió a cabalidad la lección, le pide a la reina lo siguiente: "Quiero ser hada de las perlas, es decir, la guardiana de ellas. Pero quiero también, señora, que todas las lágrimas que el amor puro y verdadero haga verter, se conviertan en blancas perlas que yo guardaré en mis dominios" (Contreras Cañas, 1990: 125). En este cuento se mantiene hasta el final la veta fantástica, pues en ningún momento se brinda una explicación racional, como sí sucede en el relato anterior.

Por otra parte, la trama de "La Turquesa" se desarrolla en Nápoles, en un momento histórico que no se precisa. Un narrador omnisciente relata la historia de Angelo, un joven de 21 años que acaba de heredar el título de Marqués de Castelfiore. Se encuentra comprometido con Adela, mujer hermosa, pero no tan rica como él. De paseo por los alrededores de Nápoles, Angelo les compra a unos gitanos una turquesa montada en un anillo; así es descrito el objeto por el gitano vendedor;[18] "Este anillo, es una magnífica turquesa. Preservará al que lo lleve constantemente puesto, de ser engañado por nadie, pues da la doble vista. El que lo posea, verá el fondo de las conciencias y lo más profundo del corazón de todos los que lo rodeen" (Contreras Cañas, 1990: 130).

Este objeto mágico le permite al protagonista percatarse de que casi todos quienes lo rodeaban estaban cerca de él por su dinero y su posición social, inclu-

17 La ondina como motivo literario asienta sus bases tanto en la mitología greco-latina como en la germánico-escandinava, que la recupera como ondina-sirena en el Romanticismo. Así pues, es posible mencionar varios cuentos del siglo XIX en los que se representan diversas variantes de este motivo, por ejemplo: "La Ondina", de Friedrich de la Motte Fouqué; "La ondina del estanque", recopilado por los hermanos Grimm; "Los ojos verdes", de Gustavo Adolfo Bécquer; "La ondina del lago azul", de Gertrudis Gómez de Avellaneda, y "El pescador y su alma", de Oscar Wilde.

18 Este personaje podría tener como intertexto a Coppola, el comerciante italiano de "El hombre de arena" (E.T.A. Hoffmann, 1812), en quien Nathanael reconoce a Coppelius.

so Adela; ante ese desengaño, Angelo opta por romper el compromiso con ella y finalmente se casa con Lucrecia, una joven poco agraciada físicamente, pero dueña de un bello corazón, y que siempre había estado enamorada del joven Marqués. A lo largo del relato se mantiene clara la idea de que Angelo ha llegado al verdadero conocimiento de los otros gracias a la turquesa vendida por el gitano y en ningún momento se procura brindar una explicación racional a este hecho.

Siguiendo con esta temática de los objetos mágicos o encantados, en "La perla negra", publicado por Ricardo Fernández Guardia en 1894 dentro de su colección *Hojarasca*, se habla de un objeto maldito, el mismo que da título al cuento. Esta perla produce la ruina o la muerte de todo aquel que la posee y por eso Vilers, el personaje de ascendencia europea que le cuenta la historia de la perla a nuestro narrador, desea que esta sea adquirida por un "yanqui", pues él los detesta. Este objeto maldito no produce situaciones propiamente fantásticas, solo es generadora de catástrofes, con lo cual habría que valorar con detenimiento si "La perla negra" es en efecto un relato fantástico o se acerca más bien a la leyenda. En el diálogo que se entabla entre el narrador y Vilers se alude al carácter extraordinario de la historia que el segundo está a punto de relatarle al primero y le otorga el calificativo de caso:

> –Esa perla está maldita.
> –Bah, qué disparate… ¿Habla V. en serio?
> –Más de lo que te imaginas. Entre las muchas catástrofes de que ha sido causa esa perla, se cuenta la muerte de dos de las mujeres más guapas que yo he conocido.
> –Como no me ponga V. los puntos sobre las íes no le creeré.
> –Tienes razón, porque el caso es extraordinario… (1894a: 168)

En *Hojarasca* también se incluye un relato titulado "El manantial", en el que un narrador omnisciente nos cuenta la historia de una pareja de jóvenes y enamorados primos costarricenses, a quienes encontramos de excursión por un entorno natural paradisíaco, en el que se halla un manantial encantado. La joven se dispone a beber un sorbo de las cristalinas aguas de dicho manantial, pero su primo la detiene diciéndole que él en su lugar no se atrevería a hacerlo, y comienza a contarle la historia fantástica del sitio en que se hallan. En palabras del joven: "Se trata de una leyenda antiquísima que se ha perpetuado entre nuestros campesinos, dando nacimiento a una superstición que goza de mucho crédito entre todos los que nos hemos criado en este país. Para encontrar el origen de esta linda fábula, que es al propio tiempo una linda historia de amor, es preciso remontarse a los tiempos mitológicos, cuando estos bosques solitarios eran habitados por ninfas, sátiros y faunos" (Fernández Guardia, 1894a: 24).

A continuación, se narra la historia de Egle y su joven amante (su nombre no lo recoge la tradición), una hermosa pareja de pastores que desataron la ira de las ninfas por haber invadido sus territorios, esos hermosos parajes que eligieron para vivir su amor. Una ondina de ojos verdes como las algas y piel blanca como

los lirios se enamora del joven pastor y lo rapta para llevarlo a vivir con ella en lo profundo de las aguas; él le corresponde amándola también y se olvida de Egle, quien no puede dar crédito a lo que sucede y llora tantas lágrimas de fuego que hicieron nacer la fuente del manantial encantado.

La historia fantástica, como la mayoría de las leyendas, posee una finalidad moralizante que el joven primo se encarga de explicarle a la muchacha, en su afán de disuadirla de beber agua del manantial. Dicha moraleja es la siguiente: "Fáltame ahora decirte la superstición que acerca de él [el manantial] tienen las gentes de estos alrededores. Creen que todos los enamorados que de sus aguas beben, son en un principio muy dichosos y logran la posesión de la persona amada; pero que luego se trueca su ventura en desgracia, y pagan cruelmente los años de felicidad." (Fernández Guardia, 1894a: 29). A pesar de la clara advertencia, la joven decide tomar agua de la fuente y le ofrece un trago a su amado primo, pero él muy gentilmente lo rechaza. Está claro que el joven sí cree en la superstición popular asociada al manantial encantado, mientras que la muchacha, siguiendo la senda de Eva en el Génesis bíblico, sí se atreve a probar lo prohibido. Como el final de este relato es abierto, no sabemos qué le deparó el futuro a la atrevida joven.

En 1894, Ricardo Fernández Guardia también publica el relato titulado "Las hadas negras", pero este no forma parte de su cuentario *Hojarasca*, sino que aparece en la revista literaria *Cuartillas*. Un narrador omnisciente cuenta la historia de tres hadas negras, que nacieron blancas, pero fueron ennegrecidas por un hechizo de otra hada que odiaba a la madre de las hermanas. Las tres hadas acuden a Satán, que se hallaba en medio de un tremendo aquelarre a los pies de un volcán muerto, y le suplican que use su poder para devolverles su blancura, pues han probado de todo para lograrlo y no lo han conseguido. Satán decide ayudarlas y pregunta a sus huestes si saben cómo hacerlo; una bruja responde que sí y afirma que se necesita la sangre de un recién nacido y el corazón de un avaro. Satán ordena a uno de sus sirvientes conseguir lo necesario y este lo trae; la bruja comienza a preparar el bebedizo y en ese momento comienza a amanecer, entonces todos corren despavoridos para ocultarse del día, pues son criaturas de la oscuridad. Antes de marcharse, la bruja les advierte a las hadas que si el corazón del avaro se ha reblandecido al hervir entonces el bebedizo será bueno y obrará según lo deseado. Las hadas se apresuran a tocarlo, pero se entristecen al comprobar que sigue petrificado. El cuento finaliza cuando las hadas negras se retiran del sitio sumamente tristes, pues no lograron recobrar su blancura; así lo expresa el narrador: "Ya el fuego ha muerto y las tres hadas se aproximan al caldero, llenas de esperanza. Sacan del fondo el corazón. ¡Oh, dolor! está petrificado! todos los fuegos del infierno no han podido ablandarlo. Entonces con el pecho lleno de sollozos y cuajados de lágrimas los párpados, alzan también el vuelo; y al llegar a la cúspide del cráter el primer rayo del sol naciente puso en sus negros cuerpos, un reflejo sombrío como el de las perlas negras" (Fernández Guardia, 1984b: 111-112).

Como podemos observar, este cuento presenta diversos elementos fantásticos; por ejemplo, en ningún momento se brinda una explicación racional a lo

ocurrido y además todo el relato se desarrolla en esa suerte de universo paralelo en el cual conviven hadas, brujas y demonios, según sus propias reglas; sin embargo, el relato tiene el claro objetivo de brindar una moraleja, que es la siguiente: el corazón de los avaros nunca se reblandece.

Cabe destacar el valor negativo asociado al color negro, idea que se repite en el cuento "La perla negra", analizado páginas atrás; sin duda se trata de una clara representación del imaginario identitario costarricense prevaleciente a finales del siglo XIX, según el cual los costarricenses eran mayoritariamente blancos. No es casual que un escritor como Fernández Guardia, perteneciente a la élite intelectual y política costarricense, reprodujera en sus textos ficcionales la idea de la supremacía blanca.

En 1896, el joven intelectual Roberto Brenes Mesén (1874-1947), perteneciente a la generación literaria[19] cuyas posturas ideológicas fueron contestatarias de las de la generación del Olimpo, publicó, bajo el seudónimo A. de Gilbert, el relato titulado "Doble existencia", en el que identificamos algunos rasgos fantásticos, específicamente la temática del doble en tanto que generadora de extrañeza. A lo largo de su vida, este escritor incursionó en ámbitos como la teosofía, el misticismo y la masonería, además de ser reconocido por la historiografía literaria costarricense como uno de los más insignes poetas modernistas; en este sentido, y en alusión al citado cuento, José Ricardo Chaves señala: "(…) aunque pertenece al período positivista de Brenes Mesén (lo que se nota por ejemplo en el final distanciador) (…), ya muestra intereses orientalistas que lo encaminarían a la teosofía y a la masonería" (2012: 104).

En este relato, Ángela es una joven que posee una doble existencia que afecta a su amado, Raimundo, un joven estudiante amigo del narrador; él observa a su amada vagar por las noches en una suerte de trance durante el cual es incapaz de reconocerlo. Cuando Ángela comprende lo que le ocurre, le propone a Raimundo que mueran juntos y él acepta, pero la muerte que eligen no es un suicidio cualquiera, sino una muerte mística; así lo expresa la joven protagonista: "(…) fije todas las potencias de su alma en la idea de la muerte como si quisiese alcanzar el Nirvana y se desatarán para siempre los lazos de la vida. Ahora acerquemos nuestras almas a los labios para que se besen por primera vez en la tierra. Adiós…" (Brenes Mesén, 1896 en Chaves, 2012: 117)

La forma en que murieron Ángela y Raimundo, que hasta ese momento había sido un misterio, es revelada por el mismo Raimundo a su amigo íntimo, llamado Fernando, mediante unas cartas escritas por el joven dos años después

19 Se trata de la generación del Repertorio Americano o generación de los intelectuales radicales. Quesada Soto (1998) la denomina generación del Repertorio Americano porque los nuevos intelectuales encontraron en la revista cultural editada por Joaquín García Monge entre 1919 y 1958, un espacio para plasmar la renovación ideológica que ellos representaban, muchas veces asociada a posturas radicales como el anarquismo, el socialismo o el comunismo. No obstante, varios de estos jóvenes intelectuales comenzaron a publicar a finales del siglo XIX, al mismo tiempo que lo hacían los escritores pertenecientes a la generación del Olimpo. Para profundizar en esta cuestión, cf. Cubillo, Ruth. *Pobreza y desigualdad social en la narrativa costarricense. 1890-1950* San José: ECR/EUCR, 2021.

de fallecido. Fernando comparte el extraordinario hallazgo con sus compañeros de estudios y, antes de iniciar la lectura en voz alta de las cartas escritas por el difunto, realiza la siguiente reflexión: "–Nunca, hasta aquí, he dado crédito sino a los hechos que están bajo el dominio de la ciencia; pero un vago presentimiento convertido hoy en realidad, es un ancla que se va hundiendo más y más en el fondo de mi espíritu. Desde anoche he comenzado a ascender por la espiral de la meditación y a cada vuelta comprendo mejor que las ciencias preocupadas de los fenómenos físicos, niegan, o por lo menos abandonan, muchos que presentan apariencias de extranaturales (…)" (Brenes Mesén (1896) en Chaves, 2012: 108).

Esta reflexión de Fernando da cuenta del interés del joven Brenes Mesén en el positivismo cientificista imperante en la época, pero al mismo tiempo lo relativiza hasta llegar a plantear que los fenómenos extranaturales existen y requieren explicaciones que la ciencia no es capaz de ofrecer.

De la última década del siglo XIX son también varias leyendas publicadas en revistas y periódicos de circulación nacional; concretamente, la leyenda de la Llorona resulta recurrente en los textos localizados, posiblemente porque se trataba de una historia muy conocida por el pueblo costarricense, trasmitida en primera instancia de manera oral, y también porque resultaba sumamente aleccionadora, ya que permitía reforzar el modelo de madre basado en la virgen María, característico de las sociedades judeo-cristianas.

La versión de Claudio González Rucavado, titulada "Una tradición" (1898), realiza una clara ubicación espacio-temporal de la leyenda: se desarrolla en el valle del Garco Muñoz, cerca del nacimiento del río Reventazón (Costa Rica), en los primeros tiempos de la conquista por parte de España (siglo XVI). La protagonista es María, una bella mujer de origen español, casada y que, por circunstancias de la vida, aunque sin estar muy resuelta a ello, le es infiel a su marido con el joven Ximenus, hombre apuesto de 24 años que llega a vivir a su casa mientras su marido está ausente. María queda embarazada de Ximenus y, cuando se entera de que su marido va a regresar, resuelve ahogar a su niño en el río cercano a su casa para evitar que el esposo se entere de su infidelidad. Ella enloquece. Al final del relato se afirma que su llanto se escucha en diversos lugares y que a menudo cree ver en el río a su niño, pero cuando lo va a rescatar desaparece. Todo el que se acerca a ella es asesinado, pues la mujer piensa que es el joven Ximenus, causante de su desgracia.

El ya mencionado Argüello Mora incluyó en su libro de 1899 una versión de esta misma leyenda. La tituló "La Llorona" y en ella alude a una mujer vieja, greñuda y horrorosa, que es invocada por las madres y las niñeras cuando los niños se portan mal, con el fin de asustarlos y lograr que obedezcan. Así lo expresa el narrador:

> La Llorona es una madre que, en un momento de cobardía o quizá de locura, quiso salvar su honor a costa de la vida de su hijo. Acabada de nacer la criatura, la sumergió en las aguas del río, y una vez ahogada, abandonó el cadáver a merced de la corriente. En el mismo momento

> en que tan horrendo crimen consumaba, una voz misteriosa pronunció la eterna maldición que sigue contra la madre desnaturalizada: 'Vivirás llorando y buscando tu niño por los siglos de los siglos'… Y un gemido del hijo contestó: 'Así será, maldita seas'. La tradición da por verificado este suceso en el año mil de la era cristiana, y por consiguiente, la incansable desventurada llora hace casi nueve siglos de continuo. Por eso su rostro está surcado por dos cicatrices, por donde corren siempre, ya no dos lágrimas, sino sangre que mana de sus ojos. Los cabellos, que no le han sido cortados desde que cometió el horripilante crimen, le envuelven la cabeza y le cubren la cara formando un bosque apelmazado y lanoso; y las uñas, de más de una pulgada de largo, solo le sirven para escudriñar las aguas sucias y barrialosas de los riachuelos y acequias de las poblaciones. (1899: 32)

Muy similar resulta la versión que ofrece Joaquín García Monge (1881-1958)[20] en su relato titulado "Del pueblo (leyendas)", publicado, bajo el seudónimo de *El Lugareño*, en el periódico *La Prensa Libre* en octubre de 1899: se trata de una mujer vieja y greñuda, que los costarricenses invocan para asustar a los niños que no se portan bien. Debido a sus malas acciones, ella ha sido condenada a vagar por los ríos en busca de su niño perdido.[21]

En este texto de García Monge también se incluye la extraordinaria historia de Nicolás, un apuesto muchacho que, por desobedecer a su padre que le aconsejó no bañarse en el mar durante la semana santa, se convierte en "Sirenia", es decir, un animal que es mitad mujer y mitad pez: "(…) La Sirenia es un espíritu y se relaciona con el Pizuicas [el diablo]. Siempre está nadando alrededor de la irla [isla] y cuando sabe que hay algún muerto o algún novio en su casa, manda a pedir una canoa y asiste a la vela o al casamiento" (2009:66). Así pues, Nicolás es una suerte de sirena trans, pues, a pesar de ser originalmente un apuesto joven, al ser castigado se convierte en un ser que deja de ser hombre para convertirse en mujer de la cintura hacia arriba y en pez de la cintura hacia abajo. En el relato no se brinda ninguna explicación racional de estos hechos extraordinarios, pero sí se alude a ellos como supersticiones de los abuelos.[22]

20 Este intelectual fue uno de los principales miembros de la generación del Repertorio Americano o generación de los intelectuales radicales. Ver la nota al pie anterior a esta.

21 También se ha localizado la versión elaborada por José Fabio Garnier, titulada "La Llorona" (1904). Se trata de una versión moralizante y aleccionadora de la leyenda, pues la protagonista es una joven campesina costarricense que se va a trabajar como criada a la capital y es "corrompida" por sus compañeras y por la ciudad misma. Es seducida por un joven díscolo e irresponsable que la embaraza. Ella regresa a la casa materna y ahí decide tirar a su niña en lo más profundo del río cercano a su casa. Luego enloquece y se dedica a vagar por los ríos, purgando su pena eternamente.

22 Más de medio siglo después, en 1957, Rafael Armando Rodríguez retoma la leyenda de la sirena en su texto titulado "La primera sirena nació en Puntarenas". En este relato la sirena es originalmente una mujer joven, quien también desobedece a su madre y se baña en el mar durante la semana santa, por lo cual es castigada y convertida en sirena. Lo interesante de este cuento es que plantea una perspectiva regional, pues desde el título se propone ubicar a la primera sirena en el pacífico central

Finalmente, en 1898 el dramaturgo, poeta y periodista Eduardo Calsamiglia Arias (1880-1918) publica el cuento "La marca azul", que presenta al menos tres características asociadas a la literatura gótica:

- se desarrolla en un lugar lejano a la realidad del lector costarricense de finales del siglo XIX
- describe un hecho macabro
- ofrece una explicación lógica de lo sucedido acorde con la verosimilitud intradiegética

La historia se desarrolla en el sombrío y lejano castillo de Tarento, España y nos presenta al conde Diego de Tarento, quien amaba profundamente a su joven y bella esposa rusa, Aida, pero dudaba de su fidelidad. El conde visita a un astrólogo (especie de brujo) para que este le ayude a salir de dudas y le ofrece un brebaje que el conde debe poner en la bebida de su mujer. El efecto del brebaje consistía en dejar una marca azul en el rostro de cualquier hombre que besara Aida que no fuera su marido. Sin embargo, Nicolás Hartoff, un hombre despechado al que Aida había despreciado para casarse con el conde, escucha desde un escondite las instrucciones del astrólogo y le pone una trampa a Diego y Aida.

Como resultado de esto, Diego mata a su inocente mujer y realiza con su cuerpo un acto absolutamente macabro: "Al otro día todo era duelo en el palacio de Tarento: tristes cruzaban los criados por las espaciosas góticas galerías. El cadáver de la joven fue quemado y sólo se conservó la cabeza por voluntad del conde con esta inscripción mortuoria: '*Para escarmiento de infieles'*. Aquel fúnebre despojo fue sepultado en un enhiesto torreón cercano al Castillo" (2006: 90).

Estructuralmente este cuento resulta bastante novedoso para su época, pues Calsamiglia recurre al recurso del hallazgo de un manuscrito fragmentado e incompleto, que el narrador reconstruye de la mejor manera posible para sus lectores. Gracias a este recurso, se presenta una historia fragmentada, con grandes saltos temporales e interrogantes sin responder. Esta veta romántica de Calsamiglia, tan bien representada en "La marca azul", podríamos comprenderla mejor en el contexto de la literatura costarricense finisecular si explicamos que el autor, hijo de padre español y madre costarricense, siempre tuvo nexos con la cultura y la literatura españolas y, a sus 18 años (edad que tenía cuando publicó este relato), sin duda el romanticismo ejercía en él un fuerte influjo.

REFLEXIONES FINALES

El análisis de estos trece relatos costarricenses publicados entre 1888 y 1899, nos permite plantear que, pese al claro predominio de la literatura realista y costumbrista, piedra angular de la naciente literatura nacional, durante este período se produjeron en Costa Rica diversas manifestaciones de literatura no mimética,

de Costa Rica (Puntarenas).

en particular relatos góticos, leyendas y relatos modernistas. Este hecho constituye una clara muestra de la compleja red de perspectivas ideológicas, artísticas, políticas, científicas y religiosas que desde sus inicios conforman la literatura costarricense. Liberales, conservadores y radicales; católicos, masones, teósofos y ocultistas; nacionalistas y cosmopolitas; ilustrados y modernos producen los textos literarios que aquí hemos analizado. Tan heterogéneas como sus productores son las obras literarias que conforman el corpus aquí estudiado.

Para ampliar el canon establecido por la historiografía literaria costarricense o el denominado corpus de la literatura nacional, es indudable que se requiere una labor mucho más exhaustiva que la aquí realizada de indagación en periódicos y revistas de circulación nacional y regional (centroamericana). En este sentido, es necesario reconocer el gran aporte realizado por el Sistema Nacional de Bibliotecas, en particular la Biblioteca Nacional, pues han digitalizado una gran cantidad de estas fuentes, que se encuentran disponibles para consulta en su sitio web (sinabi.go.cr). Así pues, está claro que se requerirán nuevas investigaciones para completar el corpus de la literatura no mimética costarricense, que sin duda va más allá de la narrativa y que comprende obras literarias cercanas al romanticismo o al modernismo, entre ellas leyendas, textos góticos y textos fantásticos. El fin último de este artículo ha sido evidenciar que la narrativa costarricense del período en estudio, y la literatura costarricense en general, está lejos de ser homogénea y unidireccional, pues en sus páginas se representa la heterogeneidad propia de los intelectuales costarricenses cuya producción hemos analizado.

OBRAS CITADAS

ACUÑA, María Eugenia. "Carlos Gagini y el romanticismo en Costa Rica." *Revista Iberoamericana.* Vol. 53, Núm. 138-139, 1987: 121-137.

ARGÜELLO MORA, Manuel. "La poza de la sirena." *Costa Rica Ilustrada*. Año 1, núm. 11, 1887a: 168-170-171.

—. "Las dos gemelas" (1860). *Costa Rica Ilustrada*. Año 1, núm. 12, 1887b: 182-184.

—. "La sonámbula de Pirro." *Costa Rica Ilustrada*. Año 1, núm. 15, 1888: 234-238.

—. "La Llorona." Manuel Argüello Mora. *Costa Rica Pintoresca. Sus leyendas y tradiciones*. San José: Imprenta y Librería Española, 1899: 31-33.

BONILLA, Abelardo. *Historia de la literatura costarricense* (1957). San José: Studium, 1981.

BRENES MESÉN, Roberto. "Doble existencia." (1896). José Ricardo Chaves, sel. *Voces de la sirena.* San José: Uruk Editores, 2012: 107-118.

CALSAMIGLIA, Eduardo. "La marca azul." (1898). Eduardo Calsamiglia. *Eduardo Calsamiglia. Obra literaria*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2006: 84-93.

CHAVES, José Ricardo, sel. *Voces de la sirena*. *Antología de literatura fantástica de Costa Rica. Primera mitad del siglo xx.* San José: Uruk editores, 2012.

—. "Monstruos fantásticos en la literatura costarricense." *Filología y Lingüística.* Núm. 42 (Especial). San José: Universidad de Costa Rica, 2016: 77-89.

CONTRERAS CAÑAS, Rafaela. "La turquesa." (1890). Rafaela Contreras. *Rafaela Contreras Cañas: musa inaugural de la literatura costarricense*. San José: Universidad Autónoma de Centroamérica, 1990: 126-142.

—. "Las ondinas." (1890). Rafaela Contreras. *Rafaela Contreras Cañas: musa inaugural de la literatura costarricense.* San José: Universidad Autónoma de Centroamérica, 1990: 104-125.

—. "Mira la oriental o La mujer de cristal." (1890). Rafaela Contreras. *Rafaela Contreras Cañas: musa inaugural de la literatura costarricense*. San José: Universidad Autónoma de Centroamérica, 1990: 81-98.

CUBILLO PANIAGUA, Ruth. "El surgimiento del relato fantástico en la Costa Rica de la primera mitad del siglo xx." *Brumal. Revista de investigación sobre lo Fantástico*. Vol. 2, núm. 2, 2014: 161-175.

—. *Pobreza y desigualdad social en la narrativa costarricense (1890-1950).* San José: Editorial Costa Rica/ Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2021.

—. "La narrativa fantástica en Costa Rica: 1885-1970." Roas, David, dir. *Historia de lo fantástico en las narrativas latinoamericanas. I, (1830-1940)*. Berlín: Iberoamericana Vervuert, 2023: 171-208.

CUEVAS, Rafael. "Cambio cultural en Costa Rica (1821-1914)." Botey, Ana María, coord. *Costa Rica. Desde las sociedades autóctonas hasta 1914.* San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1999: 445-472.

DOBLES SEGREDA, Luis. "In Bianco Avvolta." (1926). Luis Dobles Segreda. Caña Brava. San José: Editorial Costa Rica, 1969: 139-147.

DURÁN LUZIO, Juan. "Manuel Argüello Mora: primer novelista costarricense." *Revista Comunicación*. Año 22, vol. 11. Cartago: Instituto Tecnológico de Costa Rica, 2001: s.p.

ECHEVERRÍA, Aquileo J. *Concherías,* prólogo de Rubén Darío. Barcelona: Imprenta Elzeveriana Borrás y Mestes, 1909.

FERNÁNDEZ GUARDIA, Ricardo. *Hojarasca* (1894). San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2004a.

—. "Las hadas negras." (1894). *Revista Athenea*. Vol 2, núm. 8, 1918b: 460-62.

GARCÍA MONGE, Joaquín. "Del pueblo (leyendas)." (1899). Joaquín García Monge. *Cuyeos y majafierros y otros cuentos*. San José: Editorial de la Universidad Estatal a Distancia, 2009: 64-69.

GARNIER, José Fabio. "La llorona." *Revista Páginas Ilustradas.* Vol. I, núm. 20, 1904: 308.

GONZÁLEZ RUCAVADO, Claudio. "Una tradición" (1898). *Revista Páginas Ilustradas*. Año III, núm. 85, 1906: 1354-1357.

LÓPEZ-SANTOS, Miriam. "El género gótico. ¿Génesis de la literatura fantástica?" Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010: s.p.

MEZA, Consuelo. *Diccionario bibliográfico de narradoras centroamericanas con obra publicada entre 1890 y 2010*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2011.

MOLINA, Iván. "Educación y sociedad en Costa Rica: de 1821 al presente (una historia no autorizada)." *Revista Electrónica Diálogos*. Vol. 8, núm. 2, 2007: s.p.

QUESADA, Álvaro. "Reflexiones acerca de la polémica sobre nacionalismo literario." *Revista de Filología y Lingüística*. Vol. 10, núm. 2, 1984: 3-13.

—. *La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, 1986.

ROAS, David. *Tras los límites de lo real. Una definición de lo fantástico*. Madrid: Páginas de Espuma, 2011.

—. *Historia de lo fantástico en las narrativas latinoamericanas. I, (1830-1940)*. Berlín: Iberoamericana Vervuert, 2023.

RODRÍGUEZ, Eugenio, sel. *El Pensamiento Liberal. Antología*. San José: Editorial Costa Rica, 1979.

ROJAS, Margarita y OVARES, Flora. *100 años de literatura costarricense*. San José: Editorial Farben Norma, 1995.

SANDOVAL, Virginia. *Resumen de la literatura costarricense*. San José: Editorial Costa Rica, 1978.

VALDEPERAS, Jorge. *Para una nueva interpretación de la literatura costarricense.* San José: Editorial Costa Rica, 1979.

VIALES, Ronny. *Los liberales y la colonización de las áreas de frontera no cafetaleras: el caso de la región Atlántica (Caribe) costarricense entre 1870 y 1930*. Dirigida por Ramón Garrabou. Universidad Autónoma de Barcelona, 2001.